

Escrito *Viernes 12 de Marzo de 1976*

en la Arena

—POR GASTON GARCIA CANTU—

ALGUNAS muertes tienen avisos secretos: a la misma hora que Daniel Cosío Villegas se recostaba a esperar su propia muerte, silenciosa, tímidamente, Enrique González Casanova me refería un episodio de la juventud de don Daniel: un día de los años veinte, quizás 1927, el general Múgica —“siempre sentí, confesaría años después Cosío, una especie de resurrección juvenil al saludarlo o conversar con él”— llevó ante Calles a dos jóvenes con el visible afán de que, al conocerlos aquel Presidente, se abriera para el joven abogado Cosío y el joven ingeniero Fernando González Casanova, la Cámara de Diputados. Calles los recibió recostado en su cama; algo le aquejaba. Cerca del buró que sería para Cosío una mínima, fugaz tribuna, tomó asiento el joven abogado. Múgica, casi aparte, observaba; el joven ingeniero retuvo la escena en su atroz significado: se habló de la composición de la que sería una próxima Legislatura. Saltó Cosío, con vehemencia, citando los deberes legislativos. Acaso dio uno o más leves golpes de índice en el buró. Calles guardó silencio. Era el Calles cuya mirada de párpados rígidos, a cubierto la más leve delación de su ánimo, pintara Clausell. Un sonriente silencio fue el epílogo de aquel diálogo.

El episodio, referido minuciosamente por Enrique —él ha recobrado el signo advertido por su tío—, fue el más vivo comentario de la calumnia corrida en voz baja durante los últimos días: que don Daniel deseó una senaduría en la próxima Cámara.

¿Cómo habría de aspirar a representar un papel casi político el que descubrió que la realidad legislativa mexicana impide legislar?

La procedencia de esa final injuria es indudable: el último escrito de Cosío en *Plural*, El empeño literario de don Daniel: graduar el río del comentario, agitó la conciencia y desató la lengua de los enlistadores de la futura, triste legislatura.

★
SI bien el pronombre personal fue de uso frecuente en los escritos de Cosío, no incurrió en confidencias. Una aclaración basta, su compromiso pu-

blico: “No sin vencer mi natural timidez, afirmó en **Los problemas de América**, debo confesar que siempre me ha parecido que la división del trabajo hace que algunos hombres se sientan más seguros en el análisis de los males que en el consejo de los remedios...” El análisis de los males: he aquí el epígrafe de su obra, aun la histórica, porque ésta obedeció a una pregunta de su soledad crítica: ¿de dónde provienen las desdichas de nuestro país? Si la pluma a veces juguetea, fácil en su estricta sencillez,

Hace 25 Años

12 DE MARZO DE 1951

ASEGURA EXCELSIOR que “está tomando cuerpo” entre los diputados la posibilidad de una enmienda constitucional que les permita igualar su periodo al de los senadores, a seis años, en lugar de los tres para los que son electos.

La Comisión de Estudios Legislativos de la Cámara, que va a iniciar sus estudios este año, se enfrentará desde luego con los proyectos de reformas a la Ley Electoral. Uno de ellos es el del Presidente Miguel Alemán, el cual fue enviado a la Cámara en los últimos días de diciembre de 1949, y ha quedado pendiente.

Hay otro proyecto, reeleccionista, de la pasada legislatura del estado de San Luis Potosí, y varios de los diputados del Partido de Acción Nacional, que será estudiado al igual que los demás.

Los diputados estiman que hay muchas razones para considerar la posibilidad de esa enmienda. En primer término, se aduce que si los diputados federales son elegidos con los senadores, cada seis años, se evitará una de las elecciones cada tres años, como sucede actualmente, lo que trae trastornos al país con la agitación consiguiente de los grupos políticos, la inquietud de los candidatos y los paros necesarios en los trabajos generales del país.

—La Confederación de Cámaras Industriales manifiesta que tanto la producción como las exportaciones han venido mejorando, que el porvenir de los negocios es bueno, y que los industriales darán su cooperación al gobierno del Presidente Miguel Alemán; pero a la vez patentiza su preocupación acerca de la Ley de Atribuciones del Ejecutivo en Materia Económica, pues aún no saben cuánto tiempo durará.

le, despista al lector, nadie debe confundirse: se trata de un severo examen de la estupidez, la confusión, la ignorancia y la maldad convenida.

En su recuerdo de Múgica, don Daniel contó el origen de su primer libro: **Miniatura** (1922). El paisaje descrito es, ciertamente, el del camino hacia Morelia; el propósito, nada circunstancial; se advierte la influencia de Pedro Henríquez Ureña en su afán de explicar espiritualmente las cosas; arte desprendido de los personajes nostálgicos de Chejov; es decir, teorizar; aptitud o discipulado que don Daniel, en una saludable abolición, pincharía después al entrecomillar la palabra teoría. Las “teorías” brotaron en su obra, pero página tras página, y fueron miles las de su laboriosa conquista, el examen de la realidad, su propia relectura, favoreció que el análisis de los males y el inventario de los bienes —muchos y subrayados— se convirtiera en una de las teorías mexicanas más severas: la que tiene, como premisa mayor, impedir el machacamiento —el adjetivo es suyo y, además, justo— del país en todos los órdenes; teoría que avanza en sus ensayos, en sus notas, en sus artículos, sostenida por su actitud moral. Por ello, sin duda, hizo otra confesión: “...yo soy un escritor parejamente sombrío”. Y es que el análisis de nuestros males sólo deja en el ánimo sombras y una virtud seca: la de sonreír a pesar de todo. Ya lo dijo Gourmont: vuelta superior y desinteresada, la ironía confina con la piedad. Sombras que estimulan el espíritu y lo hacen más agudo y despierto: se ve lo que pocos ven, se oye lo inaudible para una minoría contemplativa, se presiente, como resultado del acoso al espíritu; ésta y no otra es la raíz de su advertencia intelectual: “El único rayo de esperanza —bien pálido y distante por cierto— es que de la propia Revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres. Quizás no valga la pena especular sobre milagros; pero al menos me gustaría ser bien entendido: reafirmar quiere decir afirmar de nuevo, y depurar

Excelsior
Viernes 12 de Marzo de 1976

D. C. V.-ESCRITO EN LA ARENA

Sigue de la página seis

quería decir usar sólo de los hombres puros y limpios. Si no se reafirman los principios, sino que simplemente se les adorna con ropitas domingueras o titulos ¡de abogados!, entonces no habrá en México auto-regeneración y, en consecuencia, la regeneración vendrá de fuera, y el país perderá mucho de su existencia nacional y a un plazo no muy largo”.

★

DON Daniel perteneció a una generación que se las hubo con dos tipos de hombres en el poder: los hombres naturales que decía Martí, en vano encomio de sus dotes, y los abogados. Los primeros fueron responsables de cuanto se hizo para bien y para mal de México; los segundos son autores de la retórica de lo que ignoran, impiden o deshacen. Nuestro país tiene por ello dos planes contradictorios: una obra inacabada, realizada a muerte y fuego, y otra incomprendible y vacua. La acción es una; otro el comentario de lo que no existe. Sexenio tras sexenio el

frenesí retórico es mayor y más deplorable por una causa: el futuro está, cada seis años más lejos del impulso popular. La revolución sólo podrá recobrase mediante la Revolución. El rescate está en la lucha y en la reconquista de las palabras que nombrarán y calificarán hechos verdaderos.

Frente a los hombres naturales, la generación de 1915 salió de la Universidad con un aprendizaje riguroso para enfrentar la confusión aparente de la realidad —la tolvenera simbólica de Azuela— o un tema doctrinario: ponderar el problema, explicarlo con claridad y, si al orden político se refiriera, “agitar la conciencia” pública. Finalidad ética que podría ser el epígrafe de la obra de Lombardo, Caso, Gómez Morin, Bassols, Cosío... Un asunto se convertía, en sus manos, mediante el rigor lógico, en tema de averiguación exhaustiva de sus antecedentes por arduos que éstos fueran y, una vez dominados, en argumentación directa, clara; por ello, el dominador de sus escritos va, invariablemente, de una proposición

a una conclusión firme. A veces, como es frecuente en política, enfática. Ante los hombres naturales esos hombres de 1915 representaron la solución por la cultura; frente a los oradores, el aguijón crítico, incómodo, intolerable. Fue la generación educadora del México de nuestros días, aun en sus posiciones contrapuestas. O a causa de ellas. Cada uno expresó una corriente viva, contradictoria como nuestra vida nacional. “En torno a ellos sopla, ciertamente, un aire absolutamente histórico”. Todos se han ido en momentos en que la muerte de cada uno parece un reproche ante las circunstancias. Quedan, como guardianes de una época, dos o tres hombres ejemplares. No más. Son nuestros viejos.

Los grandes viejos de la advertencia desesperada.

★

UNA página, aleccionadora por la imagen final que contiene, escribió don Daniel en un libro olvidado: **Marxismo y anti-marxismo** (1934):

“Todos, por supuesto, tenemos el derecho y el deber de señalar los males y proponer los remedios. Y los intelectuales, siquiera sea por una razón profesional, tienen más que nadie esa obligación. Pero son los obreros, los campesinos, los pobres, los ahora débiles, quienes tienen más que decir y los que, al fin, harán lo que se deba hacer.

“Y una de las cosas que harán implacablemente, será pedir cuentas. Del juicio que entonces se hagan, se

salvarán los que acertaron en su actitud y aquellos que no habiendo acertado, por lo menos interpretaron con honestidad y justeza los sentimientos y la situación de los pobres”.

Esa hora prevista en nuestro futuro. Don Daniel contribuyó —con sus ideas, sus prejuicios, su paciencia, su cólera, su comprensión, su indiferencia, su claridad, su soliloquio, su defensiva soberbia, su ofensiva timidez, su ironía, tan mexicana que parece de Posada: el caracol inmóvil en la Plaza de la Constitución, su nostalgia y su desenfado a esclarecerla.

Lo recordaremos siempre por su examen nada piadoso de nuestra realidad, hecho con ironía, valor y una admirable impertinencia.